



THE
CROWN

LA HISTORIA DESDE DENTRO
ROBERT LACEY

LIBROS CÚPULA

THE
C R O W N

LA HISTORIA DESDE DENTRO

ROBERT LACEY



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Publicado originalmente en inglés por Blink Publishing,
un sello de Bonnier Books UK Limited.

© Left Bank Pictures (Television) Limited, 2017
© del texto: Robert Lacey, 2017
© de la traducción: Eva Raventós, 2020

Robert Lacey reivindica el derecho moral
a ser identificado como el autor de este libro.

Primera edición: noviembre de 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2742-1
Depósito legal: B. 4.873-2020

Impresor: Unigraf
Impreso en España - Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro
está calificado como papel ecológico y procede
de bosques gestionados de manera sostenible.



THE
C R O W N

PRÓLOGO DE PETER MORGAN	XI
1. WOLFERTON SPLASH	2
2. HYDE PARK CORNER	37
3. WINDSOR	66
4. FUERZA MAYOR	103
5. HUMO Y ESPEJOS	133
6. NOTICIA BOMBA	178
7. SCIENTIA POTENTIA EST	214
8. ORGULLO Y ALEGRÍA	253
9. ASESINOS	289
10. GLORIANA	319



1

WOLFERTON SPLASH

Amor y matrimonio





1

«Palacio de Buckingham, 1947», se lee en la pantalla, y el primer episodio de *The Crown* nos transporta directamente a su interior para descubrir a un rey Jorge VI golpeado por el cáncer, inclinándose sobre el inodoro y tosiendo dolorosamente la sangre de su vida. El Rey se está muriendo, hay que preparar a la Reina... El teniente Philip Mountbatten de la Marina Real está arrodillado en la sala del trono de palacio, esbelto y fatigado, vestido con su uniforme de guerra, listo para ser ennoblecido antes de su enlace con la princesa Isabel al día siguiente. El lord canciller, el conde mariscal y una hilera de caras severas de la clase dirigente observan con alarma en los ojos, mientras el enfermo monarca agarra la espada que convertirá a su futuro yerno de plebeyo en miembro de la realeza, cuando el Rey empieza a tartamudear. Luego Jorge VI tensa la mandíbula con el mejor de los ánimos, retuerce la lengua al pronunciar el trío de títulos de Philip y remata la lista con el más alto honor otorgado, la Nobilísima Orden de la Jarretera, con la que Eduardo III nombró caballeros por primera

El recién ennoblecido Philip Mountbatten muestra su banda de la Orden de la Jarretera (izquierda) después de que el rey Jorge VI lo nombrase caballero en el palacio de Buckingham el 19 de noviembre de 1947, la víspera de su boda. En la foto de la derecha, de 1947, vemos a un joven teniente Mountbatten todavía en su trabajo diario en el Ministerio de Marina, en Whitehall.



vez a sus compañeros de batalla en 1348. «Su Majestad ha tenido el honor de autorizar el uso del prefijo “Su Alteza Real” al teniente Philip —se explicó en *The Times* al día siguiente, el 20 de noviembre de 1947— y aprobar que la dignidad de un ducado del Reino Unido le sea concedida con el nombre, el estilo y el título de barón de Greenwich [un tributo a la experiencia naval de Philip], conde de Merioneth [un reconocimiento a Gales] y duque de Edimburgo [un ducado real histórico y un cumplido a Escocia] (...) El Rey tocó al teniente Mountbatten en cada hombro con una espada mientras se arrojaba frente a él en la ceremonia de distinción



de caballería, y lo invistió con la insignia de la Orden de la Jarretera.»

Todo esto es prácticamente igual que lo que vemos en pantalla: el extranjero se ha convertido en familia. Pero hay una diferencia. Como preludio a la escena de la investidura vemos a «Su Alteza Real el príncipe Philip de Grecia y Dinamarca» renunciar a su nacionalidad griega y a «todos los títulos no autóctonos» para convertirse en ciudadano británico. El oscuro y dudoso príncipe extranjero se convierte en un valiente héroe de guerra británico ante nuestros ojos.

Sin embargo, en realidad Philip ya se había convertido en ciudadano británico antes, aquel mismo año, mediante el procedimiento legal rutinario de rellenar impresos, y desde luego no en el interior del palacio de Buckingham. Según los registros, el príncipe Philip de Grecia renunció a sus títulos griegos para recibir la ciudadanía británica el 18 de marzo de 1947 por el British Nationality and Status of Aliens Act (Acta de Nacionalidad Británica y Condiciones de los Extranjeros), de modo que se hizo llamar simplemente «teniente Philip Mountbatten de la Marina Real» durante ocho meses antes de que su suegro lo hiciese noble aquel mes de noviembre.

Estás viendo un drama histórico, querido/a lector/a, no un documental sobre Historia. *The Crown* es una obra de ficción creativa inspirada por el sentido común y el espíritu de los acontecimientos reales. Para entender a Philip tenemos que presenciar su renuncia al estatus real extranjero en el mismo momento en que lo vemos por primera vez, para saborear mejor su entrada de pleno a la Casa de Windsor al día siguiente. Lo que se ve en pantalla es a la vez la verdad y una invención, que se inscribe en la tradición inme-

El espíritu vikingo... En 1935, un príncipe Philip de Grecia de catorce años interpretó a Donalbain en Macbeth, de Shakespeare, cuando era estudiante en Gordonstoun, la academia progresista del norte de Escocia instaurada por el pedagogo judío Kurt Hahn después de huir de la Alemania nazi.

morial del drama histórico. La venerada obra de teatro *María Estuardo* de Friedrich Schiller, traducida a muchas lenguas, se presentó en un escenario por primera vez en 1800 y se cita a menudo como el ejemplo clásico de obra histórica, que representa el más amargo choque de personalidades cuando María, Reina de Escocia, se enfrenta cara a cara con la reina Isabel I... salvo que realmente esas dos mujeres nunca se conocieron.

Como se demostrará en este libro, *The Crown* se basa en una investigación meticulosa de los hechos, pero no hay que olvidar que es una serie de televisión, una recopilación de píxeles organizada de forma artística con el propósito de entretener, de explorar grandes personajes y temas en la vida de una nación, y de extraer el significado de acontecimientos extraordinarios. El poder definitivo de la monarquía británica, antigua y moderna, reside en su capacidad para generar una emoción sentida, a veces de enfado y hostilidad, pero muchas más veces de curiosidad y admiración, y siempre sentimental a un nivel extraordinario. «De las diversas formas de gobierno que han prevalecido en el mundo —escribió el historiador Edward Gibbon—, una monarquía hereditaria parece presentar el alcance más favorable para el ridículo.»

Estas son las paradojas que Peter Morgan pretende abordar en *The Crown*, cuyo drama gira en torno a dos personas muy reales, Isabel de Windsor y Philip Mountbatten, y la extraordinaria aventura vital en la que se embarcan. Es la dramatización de una relación de siete décadas, una historia de amor que es a la vez simple y altamente complicada. Y es por este motivo que

*«El Rey tocó
al teniente
Mountbatten
en cada hombro
con una espada
mientras se
arrodillaba
frente a él.»*

el primer episodio de la serie no empieza con el ascenso de la reina Isabel II en febrero de 1952, ni con su solemne coronación en junio del año siguiente, aunque ambos acontecimientos fueron grandes hitos constitucionales. Vemos a Isabel por primera vez media década antes, en la víspera de su boda con Philip. En realidad, ninguno de los dos ha estado nunca muy seguro de dónde y cuándo se conocieron exactamente, pero recuerdan perfectamente cuándo se fijaron seriamente el uno en el otro. «Puede que nos hubiésemos conocido antes —escribió la princesa

Isabel en 1947, intentando ser útil en su respuesta a la pregunta de un corresponsal de la corte—, en la coronación [de Jorge VI, en mayo de 1937] o en la boda de la duquesa de Kent [en noviembre de 1934].» Como descendientes directos de la reina Victoria, Isabel y Philip eran hijos del glamuroso y debilitado ambiente de la realeza europea del siglo XIX, que todavía se reunía para tales eventos. Pero «la primera vez que recuerdo haber conocido a Philip —escribió Isabel, destacando fuertemente la palabra *recuerdo*— fue en el Royal Naval College, comúnmente conocido como Dartmouth, en julio

de 1939, justo antes de la guerra».

El encuentro había sido planeado por el primo de Jorge VI, lord Luis *Dickie* Mountbatten, quien, como el Rey, se había formado en Dartmouth como cadete de la Marina. El destino de los Mountbatten había estado entrelazado con el de la Casa de Windsor desde el reinado de la reina Victoria. *Dickie*, como Jorge VI, era uno de sus bisnietos, y su padre, Luis de Battenberg, había sido primer lord del Ministerio de la Marina en el arranque de la Primera Guerra Mundial. Pero, aunque este Luis ya anciano había llegado a ser primer lord por méritos propios después de cua-





REY JORGE VI

(1895 - 1952)

INTERPRETADO POR JARED HARRIS

La Cruz Victoria (Victoria Cross o VC) es la condecoración militar más alta de Gran Bretaña al valor frente al enemigo. En septiembre de 1940, en el punto más álgido del Blitz, el rey Jorge VI creó la Cruz Jorge al valor civil, que se convirtió en una metáfora muy acertada de su vida. Con sus piernas de niño sujetas con dolorosas tablillas para evitar el deshonor público de ser patizambo, y sufriendo la corrección diaria de su brusco padre Jorge V, no es de extrañar que *Bertie* hubiese desarrollado un tartamudeo a los ocho años. Sin embargo, su mujer, Isabel Bowes Lyon, y su logopeda australiano, Lionel Logue, restauraron la autoconfianza en su corazón y en su lengua. «Me derrumbé y me puse a llorar como un niño», confesó el nuevo Rey en privado tras la abdicación en 1936 de su brillante hermano mayor, que siempre lo había eclipsado. Pero en público, el estoicismo con el que Jorge VI luchó contra su evidente timidez y su desventaja en el habla mostró la cara más humana y frágil de la monarquía. El tributo de Winston Churchill en el funeral del Rey fue una corona de lirios y claveles blancos en la forma característica de la Cruz Jorge.

renta y seis años de servicio naval a la patria, era alemán de nacimiento, y menos de tres meses después de que se iniciasen las hostilidades fue sacado a la fuerza de la oficina durante una caza de brujas popular contra todo lo teutón, desde las salchichas alemanas hasta los perros salchicha. Los lazos entre Windsor y Mountbatten se habían aproximado todavía más porque un Luis más joven había estado con el nuevo Jorge VI aquella triste tarde de diciembre de 1936, cuando los dos hombres se quedaron mirando cómo el recién abdicado Eduardo VIII hacía las maletas para irse al exilio. «*Dickie*, esto es absolutamente terrible —recordaba Mountbatten que dijo el nuevo rey, a punto de llorar—. Solo soy un oficial de la Marina. Es todo lo que conozco.»

«Esa es una coincidencia muy curiosa —respondió lord Mountbatten—, porque mi padre me explicó una vez que cuando el duque de Clarence murió [en 1892], tu padre [el futuro Jorge V] fue a verlo y le dijo casi las mismas palabras que me has dicho tú ahora, y mi padre contestó: “Jorge, te equivocas. No hay preparación más adecuada para un rey que haber sido entrenado en la Marina”.» En 1939, en Dartmouth, los dos primos compartieron el placer de revivir su entrenamiento naval, mientras los otros dos primos más lejanos y jóvenes, Isabel y Philip, se conocían en un partido de cróquet.

Nacido en la isla de Corfú en junio de 1921, Philip, Príncipe de Grecia, de pelo rubio ceniza y anguloso como un vikingo, no tenía ni una gota de sangre griega en las venas. Era danés, una de las exportaciones a Grecia de la dinastía de exportación más exitosa de los tiempos modernos, la Casa Real danesa, conocida entre los genealogistas como los Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg. «No me pareces un maldito griego», le había dicho Mike Parker, un joven australiano que conoció a Philip cuando ambos estaban de servicio en un convoy naval durante la guerra, que se convertiría más tarde en amigo cercano y en su secretario particular. «Tengo ascen-

dencia danesa, alemana y rusa —le explicó Philip—. Puedo ir a casi cualquier país de Europa y tengo una casa donde quedarme.» Iba a necesitar esa hospitalidad. Su padre, el príncipe Andrés, fue exiliado de Grecia en diciembre de 1922 en uno de los frecuentes altibajos de la política griega, y la familia huyó de Corfú en un buque de guerra británico, llevándose a su bebé de dieciocho meses, Philip, en una caja de naranjas. La madre de Philip era Alicia, la preciosa hija sorda de la nieta de la reina Victoria de Hesse, que se había casado con Luis de Battenberg, el maltratado lord del mar y el primero de los Mountbatten. Esta mezcla del acervo génico de la realeza europea descansa en las raíces de la confianza en sí mismo de Philip, que desplegó en ese primer encuentro en Dartmouth para el deleite evidente de la princesa Isabel. «Ella es tímida y él no lo es —explicaba uno de sus amigos—. Esa es la dinámica fundamental de su relación. Él le aporta alegría.»

Después de ese encuentro en 1939, y a lo largo de sus años de servicio en la Marina durante la guerra, Philip escribió cartas a Isabel «de aquí y de allá» en lo que luego describió como «en términos de una especie de relación familiar», siempre restando importancia a las sugerencias de cualquier perspectiva romántica con su prima pequeña. «No pensaba mucho en ello... —le explicó a su biógrafo oficial, Basil Boothroyd—. Nos escribíamos de tanto en tanto.» Pero la prima Isabel veía las cosas de forma muy distinta. Cerca de veinte años después de que sir John Wheeler-Bennett publicase la biografía oficial de su padre, el rey Jorge VI (un trabajo encargado y revisado palabra por palabra por la reina Isabel II), y aunque podría haber sido prudente para un biógrafo de su talla restar importancia a cualquier vestigio de deseo por parte de la reina Isabel II a una edad tan temprana, el veredicto de sir John, absolutamente aprobado, enfatizaba el asunto del príncipe Philip de Grecia: «Este era el hombre de quien la princesa Isabel se había enamorado desde la primera vez que se vieron.»